

de sus poemas resultaría algo ridículo. El genio tiene sus derechos y también tiene sus misterios que hay que respetar. La exuberancia espiritual de Maragall y su delicado idealismo siempre lo colocarán muy alto en las letras de Cataluña, sobre todo por la universalidad y emoción de su acento. Místico del lenguaje supo ver en el idioma popular «el pur esperit del verb creador, la transformació infinita de la terra en cel, que es el secret més profund del veritable progrés de la humanitat».

Grande hasta la incoherencia, que le dió sus adivinaciones fulgurantes y sus caídas líricas, representa el verbo poético de la Cataluña restaurada en lo político y en lo literario. Nació a la vida cuando la reacción intelectual iba paralela a una profunda restauración económica. Sirvió siempre como un maestro de solidaridad y su pluma estuvo puesta al lado de los más nobles ideales. Miremos en Maragall siempre a un caso típico del don de universalismo que aparece en las literaturas como un signo óptimo de su prosperidad. Después de él, artífice soberano de la expresión sensible, la lengua marchó a su esplendor y recibe cien influencias plásticas. Sin su obra y sin su ejemplo, la literatura catalana quizá no habría asumido tanta importancia fuera de Cataluña. Maragall hizo por un ejército para difundir el conocimiento de esta esforzada nación. Su lengua, que como dijo Rubió i Lluch, no ha sido forjada por puro capricho, por espíritu de rebelión, en una alucinación de falsa retórica, adquiere bajo su instrumento poético una fuerza universal casi insuperada en su época.

Maragall sacó sus acentos más hondos de la propia humanidad. Esta, en correspondencia, supo devolverle esa calidad poética y ese acento de los raros vates inspirados, que da el derecho a una lengua y a una literatura a tomar sitio en el concierto de la universalidad (1).—RICARDO A. LATCHAM.

<https://doi.org/10.29393/At54-11JEEJ10011>

José Eustasio Rivera

JOSE Eustasio Rivera me llamó al teléfono el último Sábado de Noviembre, para darme la noticia de que algunos ejemplares de la quinta edición de *La Vorágine* acababan de salir de la imprenta. Con aquel entusiasmo juvenil y aquella chispeante alegría que lo caracterizaban, me dijo

(1) Para conocer a Maragall existen cuatro obras excelentes: las *Semblances* del Padre Miguel de Esplugues; y los estudios citados de Joan Estelrich, de Manuel de Montoliú y de Miguel de los Santos Oliver. Acabamos de recibir, además, el primer tomo de las *Obras completas suyas* con una genial introducción de José María Capdevila.

que los dos primeros iban ya rumbo a Colombia, en alas del avión de su compatriota Benjamín Méndez, que realizaba por aquellos días un memorable vuelo de Nueva York a Bogotá.

Una semana más tarde la muerte sorprendía a Rivera, y ¡extraña maquinación del destino! el vapor que condujo sus restos llegó a las playas de Colombia antes que su libro, a causa de los desperfectos que sufriera el aeroplano al aterrizar en Panamá.

La muerte repentina de Rivera tiene los elementos de tragedia que se ciernen sobre todos los seres y las cosas que llegan al más leve contacto con las florestas del Amazonas. Las mismas vengativas fuerzas que había sentido tan claramente acecharlo desde su verde escondite, vinieron a reclamarlo, como reclaman siempre para sí al intruso que viole su soledad, usurpe sus secretos y desafíe sus terrores. Tal como él mismo lo presentía, fué una víctima más de esa vorágine dantesca que diera a conocer en su viril novela.

José Eustasio Rivera nació hace cerca de cuarenta años en tierra colombiana. Neiva, su pueblo natal, distante 250 kilómetros de la capital, le brindaba pocas o ningunas oportunidades para instruirse, así es que Rivera marchó a Bogotá a cursar sus estudios universitarios, preparándose primero para el magisterio y después para la carrera de abogado. Se inició allí en la política de su país, descollando muy pronto por la universal simpatía que le conquistara su bien definida personalidad y por su ágil intelecto. En los principios de su carrera sirvió como secretario de varias embajadas y legaciones de su patria. Andando el tiempo llegó a ser jefe de partido y Presidente de la Cámara.

Muy fácil habría sido para un hombre dotado de tantas aptitudes como Rivera, crearse una brillante situación en la diplomacia, pero otras actividades lo solicitaban. Su extraordinaria capacidad para el trabajo y su desinteresado espíritu público le merecieron otras comisiones de importancia.

Nos referimos a tres de ellas no sólo por su gran significación sino por haber contribuido a revelar en Rivera una personalidad excepcional.

La primera fué la que nombró el Congreso de Colombia para hacer una investigación minuciosa de los yacimientos petroleros del país. Su intransigencia con los intereses creados y su alto concepto ciudadano quedan de manifiesto en el informe que rindió como jefe de la comisión. Su ataque certero y valeroso contra la corrupción que había medrado alrededor

de esta fuente de riqueza nacional lo convirtió, como era de esperarse, en el blanco de la oposición de ciertos políticos y agentes de capitales extranjeros invertidos en Colombia. Surgió de esta incidencia como un hombre público de prestigio indisputable y como factor político destacado.

La segunda tarea de importancia que le encomendó su gobierno lo llevó a las selvas del Amazonas y como consecuencia le dió su reputación de escritor. Se trataba de un embrollado pleito de fronteras entre Venezuela y Colombia que fué puesto en manos de una comisión de ingenieros suizos encargados de estudiar las pretensiones de ambos países y decidir los límites precisos entre ellos. Rivera fué el llamado para abogar por los intereses de Colombia. Impulsado por su gran patriotismo, a la vez que por la irresistible fascinación de un mundo inexplorado, aceptó sin vacilar, a sabiendas de las penalidades que lo aguardaban al penetrar en esas inhospitalarias selvas jamás holladas por hombre blanco. Calmada y deliberadamente se entregó a un monstruo cuyas garras no debían soltarlo más. Al volver de esa expedición, que costó la vida o hizo retroceder a los menos fuertes, Rivera recibió el público agradecimiento de sus conciudadanos por la forma enérgica con que había defendido la tesis colombiana.

En el desempeño de la tercera y última de estas comisiones, Rivera llevó a la Habana, a principios de 1928, la representación de Colombia ante el Congreso Internacional de Emigración e Inmigración. Al término de esta tarea decidió, a instancias de reputados críticos norteamericanos, trasladarse a Nueva York a fin de publicar la quinta edición de *La Vorágine* y hacer los arreglos necesarios para su traducción al inglés. La muerte lo sorprendió en uno de los momentos más optimistas de su vida, cuando el deseado triunfo en tierra extranjera estaba cercano. Apenas tuvo tiempo de firmar la dedicatoria de un ejemplar de la edición neoyorkina de *La Vorágine* para el Presidente y otro para la Biblioteca Nacional de Colombia. Un contrato con una editorial norteamericana interesada en la traducción inglesa, reposaba sobre su mesa de trabajo. No alcanzó a firmarlo.

Rivera llamó primeramente la atención como abogado y después como poeta. Su *Tierra de Promisión* es una colección de primorosos sonetos en los cuales se da a conocer como un maestro consumado de tan difícil género.⁵ Se admira en ellos perfección de técnica, inspiración elevada, originalidad de

estilo y belleza de imágenes expresadas en un lenguaje preciso y armonioso que se torna dúctil en sus manos de artífice.

Nada hay en estos sonetos, sin embargo, que presagie, ni aún levemente, las páginas rebosantes de audacia que habían de constituir ese ejemplar legítimo del más fuerte realismo que se llama *La Vorágine*.

¿Cómo nació *La Vorágine*? es una pregunta que con frecuencia hemos oído. He aquí lo que nos relatara el propio autor. Tuvo la primera idea de escribirla durante sus andanzas por las selvas en el desempeño de la comisión de límites. Es muy posible que concibiera con anterioridad la primera parte del libro, que trata de la vida en los anchos llanos del Casanare. Pero el núcleo principal de la obra se hizo carne y hueso en su espíritu ante la grandiosidad de esos inmensos laberintos de árboles y lianas que cobijan tanta miseria. La idea se convirtió en obsesión al presenciar las torturas inauditas de los caucheros que convierten a esos infelices en verdaderos guiñapos al sentir los latigazos de dolor con que la selva implacable azota a los que osan internarse en sus enervantes dominios.

La mayor parte de *La Vorágine* fué escrita en los momentos mismos en que sus ojos se anublaban en la contemplación de tantos horrores. Escrita, digo, ¡pero en qué forma! Tras días de largas caminatas a través de pantanos plagados de sanguijuelas; acosados hasta la desesperación por nubes de mosquitos, hormigas e insectos venenosos; empapados hasta los huesos por las lluvias torrenciales del trópico; atormentados por el hambre; flagelados de cuerpo y de espíritu, Rivera y sus acompañantes se sentaban alrededor de una fogata humeante para ahuyentar los mosquitos. Rivera rompía el silencio: «Oid», les decía «lo que he escrito el día de hoy.» Y procedía a recitar las páginas preñadas de tragedia que había compuesto, las cuales a falta de papel, tenía que conservar en la memoria. Así se explica que pudiera recordar letra por letra, todo el libro. Bastaba darle una palabra o una frase para que repitiera párrafos y páginas enteras.

Terminada su misión, mientras convalecía de las fiebres en una casita de campo, *La Vorágine* fué escrita en forma de libro, libro que permanece como el más genuino timbre de gloria del genial colombiano y como una de las contadas obras destinadas a la posteridad que haya producido nuestra generación. Perdurará como uno de los frutos definitivos de esa nueva literatura hispanoamericana que deja ya las pretinas de la madre y maestra Europa, para buscar motivos en el medio ambiente americano. Es un libro autóctono de pura cepa.

El constante cambio de gusto y manera, hace imposible es-

tablecer un criterio estético absoluto, y así, resulta inútil teorizar sobre las enmiendas que pudieron hacer de *La Vorágine* una obra más acabada desde el punto de vista técnico. Por ser su primera novela, y quizás por sus caracteres autobiográficos, el autor aparece con demasiada frecuencia en sus páginas y rompe con ello el sereno equilibrio que aconsejan ciertos preceptistas. Este defecto se acentúa por el vehemente temperamento de Arturo Cova—cuyas memorias pretende ser *La Vorágine*—y por el lirismo de un buen número de relatos en que el autor expone sus ideas y analiza sus emociones personales. Mas estos defectos quedan justificados si se considera la obra como un estudio psicológico de la personalidad extraordinaria del protagonista.

A mí, personalmente, son tal vez estos factores los que me hacen considerar las últimas páginas de *La Vorágine* como las más recias. Hay en ellas un trazo majestuoso desde el punto culminante de la tragedia hasta el desenlace. Páginas dramáticas y tensas se suceden unas a otras con rapidez de cascada que se derrumba al abismo. Todo un volumen ha sido condensado en ellas. La acción es tersa, de una vigorosa realidad, y las emociones se agitan en un remolino de horror y de muerte. Súbita, como ese huracán desenfrenado, es la caída del telón que cubre piadosamente el drama sombrío, con las palabras finales: «En nombre de Dios» «La selva se ha tragado a sus víctimas».

Rivera tiene descripciones de excepcional belleza. Su alma de poeta no permanece sorda a las voces misteriosas de la selva, y asimismo recoge cada murmullo, cada tonalidad, cada brisa de la llanura solitaria. Su vocabulario es de una riqueza y fluidez poco comunes. Es pulcro y cuidadoso hasta el extremo en la estructura de la frase y en el estilo. Al comparar cada nueva edición de *La Vorágine* con la anterior aparecen multitud de cambios hechos con el ánimo de evitar la más ligera imperfección en la forma, la menor ambigüedad o cacofonía.

En la consumada belleza de la descripción, *La Vorágine* se puede comparar con *The Green Mansions* de Hudson y con *The Sea and the Jungle* de Tomlison, aunque tal vez, tratándose de idiomas tan distintos, la comparación no resulte apropiada, especialmente si se toma en cuenta la diferencia entre la modalidad inglesa y la española. Pero no es aventurado afirmar que con estas dos obras forma un trío magnífico de clásicos sobre la gran selva americana, que sería difícil superar en ninguna época.

Mas el cuadro pintado por Rivera es la antítesis del que nos legara Hudson. Hudson no [vió sino el paraíso que tan-

to Chateaubriand como Bernardin de Saint Pierre quisieron dibujar. Rivera nos ha dado a conocer a un monstruo sombrío de una belleza imponente, despiadado, siempre dispuesto a herir al insignificante y atrevido viajero que penetra sus torvas soledades. Nos ha exhibido un pulpo maligno cuyos tentáculos se alargan hasta atrapar a los que han salido con vida de sus dominios, como sucedió precisamente en el caso de Rivera, en cuyo organismo la selva había inyectado gérmenes de muerte, Rivera odiaba la selva porque le roba al hombre el espectáculo del sol y de los cielos, porque su aire no es la saludable brisa mañanera de los llanos, sino el vapor enervante y la miasma pernicioso. La odiaba, sobre todo, porque convierte en fiera a todo aquel que se aventura por ese imperio de enfermedad y degradación.

Siento que la falta de espacio me impida hacer un estudio detallado de *La Vorágine*. De tenerlo, sería irresistible la tentación de seleccionar citas interminables, pues en sus trescientas páginas el libro contiene mucho que sería necesario entre-sacar, ya sea por el contenido o por la forma. Temo que el comentario que he hecho sobre algunos párrafos sea tomado por algunos como crítica adversa. Esto parece inevitable tratándose de una gran obra. *La Vorágine*, afortunadamente, no necesita alabanzas ni exaltación alguna. Se sostiene erguida sobre sus propios méritos. Ni le hace falta a su autor un panegírico elogioso. Si me refiero a su vida fuera de los círculos literarios es solamente porque más allá de las fronteras de Colombia a muy pocos nos ha sido dada la suerte de conocerlo a fondo y de apreciar sus grandes condiciones de hombre, de ciudadano y de amigo, a la par que su genio de escritor.

En Rivera se aunaban múltiples atributos, cualquiera de los cuales habría bastado para asegurarle un lugar distinguido entre los hombres más cabales de su tiempo. Poseía, en proporción admirable, el celo del batallador y la honda sensibilidad del artista. Respondía igualmente a las más refinadas manifestaciones del espíritu y a los más urgentes llamados del deber. Y era alegre, franco y sencillo como pocos. Pertenecía a ese escaso número de seres escogidos para quienes las conquistas de la inteligencia no han sido en menoscabo de la espontaneidad. Intransigente con los que medran a expensas de los de abajo, llevaba en su cuerpo cicatrices que recordaban las ocasiones en que se había visto obligado a castigar por su propia mano las injusticias que presenciara en el Casanare.

Ahora reposa para siempre, quizá a la sombra de las palmeras de su tierra, cuyas copas mecen la brisa de los llanos, a la vera de glauca fuente donde por las tardes los ganados vengán

a calmar su sed, deseo que él mismo expresara en *La Vorágine*.

Descansa en sus recordadas llanuras colombianas de las cuales solía decir:

Me hirieron, pero apesar de todo quiero abrazarlas. Yo sé que en la atmósfera eterna a través de la cual mi espíritu debe ascender, encontraré las tonalidades de sus suaves atardeceres que con ópalo y rosa me han señalado el camino que el alma debe seguir en su vuelo a las supremas constelaciones

Espíritu de selección, forjador de ensueños. Ha vuelto a sus llanuras inolvidables.—EARLE KENNETH JAMES.

Traducción especial para *Atenea*.

Sobre apuntes de lingüística

El distinguido profesor don Roberto Krautmacher, actual Director del Liceo Alemán de Concepción, nos envía la siguiente carta en que hace referencia a un artículo de don Januario Espinosa, publicado en el N.º 52 de *Atenea* y que estimamos de mucho interés para nuestros lectores.

Concepción, 11 de Junio de 1929.

Señor don

Félix Armando Núñez,

Secretario de la Revista *Atenea*,

Presente.

Muy señor mío:

He leído con sumo interés el artículo de don Januario Espinosa, publicado en el N.º 52 de *Atenea* y titulado *Apuntes de lingüística*. ¿Me haría Ud. el gran servicio de hacer llegar a sus manos algunas observaciones sobre etimologías? Son reparos de *bona fide* y no de criticón.

Puerilis tenía ya en latín la acepción de fútil, ejemplo:

«Sunt pueri pueri, pueri puerilia temptant.»

Exitus tenía el significado de triunfo ya en latín. Ej. *Exitus coronat opus. Exitus acta probat.*

Con respecto a *pulchritas* tiene el autor plena razón, pero dice que su significado hoy es «meticulosidad en el arreglo de la